

UNA BIBLIOTECA HACE CIUDADANOS

Por Sebastián SALAZAR BONDY

En el último Suplemento Dominical de diario, una nuestro amplia nota dio noticia de la labor que viene desempeñando, con el apoyo de personas y empresas representativas del lugar, la Biblioteca Municipal del Callao, considerada experimento piloto de ese servicio de cultura pública que ninguna comuna del país debiera descuidar. Cualquiera que haya estado en ese centro de lectura —cuya acción rebasa largamente la simple tarea de proporcionar libros a niños y adultos— sabe que quienes lo conducen, principalmente la señorita Antonieta Ballón, su activa directora, sostienen que una biblioteca es algo más que una biblioteca: conferencias, exposiciones de pintura, cine, conciertos, etc., deben llegar a la comunidad —“sin distinción de credos políticos, religiosos, clases sociales ni razas”, como reza el lema que exhibe la puerta de entrada— merced a un dinámico programa educativo que complete la ilustración intelectual y artística obtenida del texto impreso. Las estadísticas de concurrencia de público a las salas de lectura, sobre todo a la infantil, advierten que la buena semilla fructifica si hay alguien que practica su más eficaz y multiplicadora siembra.

Sin embargo, hay un aspecto del quehacer de instituciones como la Biblioteca Piloto del Callao que requiere tenaz incremento: el del presupuesto. Si el Estado no está —como parece, aunque cueste creerlo— en condiciones de prestar a estas verdaderas aulas populares la cooperación económica que le es indispensable, es a la sociedad a la que corresponde el cumplimiento de tal obligación, no menor, por cierto, a las que mueren a brindar a los desposeídos medios de vida decorosos. La cultura no puede segregarse, como lo piensan algunos utilitarios, del orden de las necesidades primarias que el hombre tiene que ver satisfechas como sustrato previo a su normal desenvolvimiento. No basta que conmueva el corazón de los pudientes el hogar sin pan, la familia sin techo, el cuerpo enfermo y adolorido; debe estimular la solidaridad también el individuo, niño o mayor, que aspira al saber y no tiene oportunidad de abrevar regularmente esa sed del espíritu. La ignorancia es una lastra social, y que conste que entre nosotros no la padecen solamente las gentes de la anónima masa.

De ahí que a las donaciones de diversas empresas y personas locales se haya añadido, como aporte fecundo para la Biblioteca Piloto del Callao, una subvención de la Rockefeller Foundation que monta a 15 mil dólares, mediante la cual le ha sido posible enriquecer el fondo bibliográfico y adquirir aquel material (tocadiscos, proyectores, diapositivos, prensa, etc.) que resulta fundamental para la misión de fomento cultural que la entidad realiza en el puerto. Esta misión no es pasiva: emplea un bibliobús que recorre los barrios, asesora a los estudiantes en la preparación de sus trabajos monográficos y sus pruebas cíclicas, estimula las vocaciones nacies proporcionándoles mayores informaciones, despierta el gusto adormecido por el ocio, la rutina y la pseudo-cultura que circula proficuamente, etc. Más donaciones le harán posible, como lo lógico, más provechosos trabajos culturales de beneficio social.

A partir de cero, la Biblioteca Piloto del Callao tiene hoy un público de varios miles de lectores, tanto en el local central cuanto en el bibliobús. Aumenta el número de mes a mes. Son hombres, mujeres y niños que, al formarse, toman conciencia de sí y del mundo, se hacen ciudadanos, en la plena acepción de la palabra. Recuérdese que los momentáneos vencedores de la primera etapa de la guerra pasada, sumidos como estaban en el fanatismo bestializador, separaban de entre los rehenes de las naciones avasalladas a aquellos que, perteneciendo al obrerismo y el campesinado, tenían cierta cultura y, por ende, eran dueños de esa conciencia que arriba señalo. La selección tenía un objeto cruento: fusilar a estos cultos o medianamente cultos porque la cultura los convertía en “peligrosos”. El temor que a los intolerantes inspira el conocimiento ha sido, y, es todavía, una rémora para la franca y decidida educación de todos. Sin embargo, en la guerra vencieron, a la postre, los pueblos cultivados, que no habían descuidado la formación de su inteligencia y su sensibilidad. Es una lección de cómo el saber hace al hombre libre y celoso de su libertad, dispuesto, por ello, a defenderla hasta el fin. Quede esta historia como símbolo de por qué es importante la labor de una biblioteca como la del Callao, tan necesaria como una escuela y tan trascendental como una universidad.